

sin conocerlos; á mí me hacéis cristiano. A muchos dejáis perseverar hasta la muerte en los pecados; á mí me dais este conocimiento. A muchos negáis vuestra gracia eficaz; á mí me hacéis que os la pida, y me perdonáis tantos pecados, cuantos cometiera si con ella no me contuviérais. Adóroos, buen Jesús, por todas estas y otras muchas é innumerables mercedes que me hacéis. Os doy por ellas infinitas gracias, y todos los justos y ángeles del cielo os las den por mí, pues no soy bastante para darlas como merecéis.

Vos, Señor, que sabéis cuán grande impedimento es para no aprovecharme de estas mercedes el no recurrir en todas mis cosas á Vos, y tener otros amores bajos fuera de Vos, ó amaros y no puramente por Vos, purificad esto en mí; no me dejéis tener otro Maestro, otro consejero, otro juez de mis cosas, otro amigo y compañero sino á Vos; porque aunque para Vos, como grande é infinito no son sino cosas grandes y eternas, con todo eso, creo que os deleitáis con la sencillez pura; gustáis de entender menudamente en vuestras cosas; queréis ser Vos el que aparte todos los átomos, y registráis todos nuestros pasos. ¿Qué más podía yo desear de un fino y leal amigo? Y si tenéis cuenta de cada uno de mis cabellos y de cada hoja de árbol, ¿cómo no la tendréis con cada movimiento de mis ojos, con cada respiración, con cada pensamiento y con cada deseo?

Si cada año, buen Jesús, tomárais una sola hora para entender en mis cosas, saber de mí, proveerme en mis necesidades y darme las leyes de vuestra voluntad, ¿no fuera razón que todo el año suspirara por aquella hora, y lo tuviera todo dispuesto para tratar con Vos, y quedar prevenido de vuestros socorros y misericordias para todo tiempo, hasta que llegase otra dichosa hora? ¿Pues cómo en cada hora no vivo con el mismo cuidado de tratar con Vos, y tomaros en todo por consejero y auxiliador, pues me dais todas las horas y momentos si los quiero, y ni el gobierno de todo el mundo y de toda la eternidad me impide lugar ó tiempo, ni me lo quita para que dejéis de mirarme cada hora y cada momento? ¿Por qué no me voy á Vos en la palabra que oigo, en lo que me viene á la fantasía y en todo lo que me sucede? ¿Cómo no os ofrezco cada paso, cada palabra y cada respiración, pues todo lo aceptáis y todo esto os contenta? Y cuando todo en todas las cosas, aun las más menudas, fuere vuestro y con Vos las tratare, ¡oh, qué grandes mercedes mal conocidas y entendidas del mundo, me haréis! Si por pocas y líbias oraciones y aspiraciones con que recurro á Vos, me dais lo que nunca sabré merecer sin Vos, ¿qué haréis si os lo ofreciere todo y todo fuere vuestro?

¡Oh buen Jesús! Una cosa me falta, por sólo la cual me puedo restablecer, y sin la cual no conozco cuán grande osadía y peligro es atreverme á vivir un solo momento descuidado de Vos, que es la santa humildad, conservadora de todos los bienes. Vos, humilde Jesús, sabéis que sólo ésta me puede hacer desconfiar de mí, y tener miedo de los instantes que de Vos me descuidare, y hacerme

suspirar siempre por Vos. Ella sola me puede enseñar la importancia de este vivo cuidado que de Vos debo tener. Sé que ella sumamente os contenta; humilladme, humilde Jesús; plantad y arraigad en mí esta vuestra compañera y amiga, tesorera de vuestros bienes, para que con ella viva siempre temeroso de mí, huya siempre á Vos, sólo vuestro gobierno desee, por vuestros bienes suspire, á Vos sobre todo me una, viva firme en Vos, libre de mí y todo poseído de Vos, mi amigo, mi Maestro, mi amparo, mi consolador, mi salud, mi amor, mi rica bienaventuranza, mi suave guía, mi verdadera vida, mi Jesús.

¡Oh humildísima sierva y Madre de Dios perfectísima, en quien ninguna cosa ni hora estuvo jamás desocupada de este Señor; pues no se contentó de ser todo mi amparo, sino que me dió á vos por Señora, valedora é intercesora para con El, valedme, Señora! Y pues sois hija de Adán como yo, aunque libre de mis maldades, compadeceos de esta vuestra masa, para hacerla con vuestra intercesión, de vuestro espíritu. Oh apostólico sagrado coro, que fuisteis las luces del mundo, alcanzad á este pecador en premio de vuestros trabajos la gracia que á todos deseábais para convertirlos al Señor. Y pues pasasteis por mis imperfecciones, compadeceos de ellas y alcanzadme el divino Espíritu, que os hizo tan perfectos. Oh corte toda celestial, ayudadme en esta hora á ser poseído de ese Señor, como lo sois inmutablemente para siempre. Amén.

TRABAJO XVIII

Peregrinar de lugar en lugar á pie.

Con esta pequeña y apostólica grey, comenzó el buen Pastor Cristo nuestro Señor á andar por toda la tierra de Palestina, juntando las ovejas de la casa de Israel (á las cuales fué prometido y enviado) y abriendo puerta y camino para que entrasen cuantas había en el mundo, en lugar de éstas que por su ceguedad y dureza no le habían de oír ni recibir; mas para que no tuviesen excusa y lograrse el mundo los más ricos tesoros de sus merecimientos, ninguna cosa dejó de hacer de su parte para llamarlos, convertirlos y enunciarles el reino del cielo, la ley de gracia, y las divinas riquezas que consigo les traía. Y siendo él Dios, Señor y Mesías prometido, que viniendo á la tierra debía de ser buscado, recibido, adorado y servido de los judíos, cuya era propia tan gran merced; ellos, muy al contrario, vivían descuidados de su bien, y el Señor los andaba buscando y ofreciéndoles sus favores. No perdonó el Señor á su cuerpo ningún trabajo por penoso que fuese, á fin de alumbrar esta gente, sacarla de sus vicios, llenarla de divinos beneficios y comunicarla todos sus tesoros.

Salió de su retiro, donde estuvo muchos años á la obediencia de sus Padres, y pasó á Cafarnaum, ciudad de Galilea, que como dice San Mateo, estaba en los confines de las tribus de Zabulón y

de Neptali; y según se ve en el libro de Josué, la tribu de Neptali confinaba por el Sur con Zabulón, y por Levante con Judea. Entre los confines de estas tribus, que eran del Jordán para adentro, al respecto de Galilea y de Judea estaba Cafarnaum á lo largo de un lago salado, que llamaban mar de Galilea y Tiberiades. Estas dos tribus de Zabulón y Neptali había muchos años que estaban muy perdidas con las otras del reino de Israel, que eran diez, y la capital del reino fué Samaria. Hubo tantos y tan gravísimos pecados en aquellas diez tribus, que por ellos los entregó Dios á la muerte y cautiverio; por lo que la divina Escritura llama á este reino gente que andaba en tinieblas y sombra de la muerte, esto es, en obscuridad de pecados y castigos de muertes y destierros.

Para cumplir nuestro Señor las profecías, salió de Nazaret é hizo asiento en Cafarnaum, para comenzar por aquella parte á predicar, como lo hizo; porque estaba profetizado que á esta gente que vivía en tinieblas de la muerte y del pecado, había de alumbrar el Hijo de Dios y Mesías, que es luz divina, y nacer para darle luz, y sanarla de las lobregueces de sus yerros. Así se cumplió lo que dice Isaías: *La tierra de Zabulón y Neptali* (por donde se entiende todo el errado reino de Israel) *pueblo que andaba en tinieblas, vió gran luz, y ésta nació para la gente que andaba en región y sombra de la muerte.* Aquí despidió de sí esta divina luz más claros resplandores y rayos de su doctrina y milagros; aquí continuó tanto, que olvidando su patria Nazaret, á ésta llamaba su ciudad, y con razón; porque aunque el sol anda y se mueve con el cielo, no se dice nacer en el cielo, que siempre está claro, sino en el mundo donde hay noches que oscurecen; y en la tierra y elementos sujetos á mudanzas y obscuridades, hace sus operaciones de diferentes resplandores y de producir frutos diversos, conforme á las mudanzas del tiempo. Así Cristo nuestro Señor no se dice Sol, sino resplandor del Paraíso, como escribe San Juan en el *Apocalipsis*, donde dice que no vió sol en la ciudad celestial porque el Cordero es su luz, la cual siendo una siempre, sin movimiento ni mudanza, es perpetuo resplandor divino, y no se dice allí sol como en nosotros. Mas para los pecadores que tienen muy pequeños días de luz divina, y largas noches de tinieblas por los pecados, y muchas veces parecen inhabitables por la mucha continuación de privación de luz, se llama el Hijo de Dios Sol que nace, y luz de esta obscura región; y esta mala tierra se llama su ciudad, donde tiene que hacer muchas operaciones divinas. Y no es pequeño aliento para los desterrados y oscurecidos pecadores, saber que si el Señor por lo inmutable es luz del Paraíso, también es nuestro Sol por nacer y tener su curso por nuestras obscuras moradas, y nosotros somos suyos, y su ciudad para quien El nace, y á quien desea alumbrar.

Apareciendo, pues, este divino Sol, y comenzando á subir sobre la tierra sujeta á tinieblas de pecados, y sobre la obscura región de la sombra de la muerte, cual era Cafarnaum, fué desde allí corriendo por todas las ciudades de las tribus de Israel, y por todas las vi-

llas y ciudades de Judea, las cuales, según la repartición que Josué hizo de la tierra de promisión á las doce tribus, pasaron de trescientas ciudades; fuera de las que después se edificaron y sin contar las villas y lugares. De aquellas ciudades le tocaron sólo á la tribu de Judá, ciento quince. Entraba, pues, el Señor á predicar en sus sinagogas; santificaba con oración sus montes y sus huertas por la noche; metíase en las casas á curarlos y doctrinarlos; hacía por las plazas muchos milagros; esperábalos en el campo y en las playas del mar, donde todos cupiesen con desahogo; allí les predicaba y á veces les daba de comer, multiplicando por divina virtud su pobre provisión para que alcanzase á todos; sufría sus importunaciones, recibíalos con blandura, curábalos sus dolencias, resucitaba sus muertos con divino poder; traía á todos en pos de sí al olor de sus virtudes, nasmados, consolados, doctrinados y llenos de bienes celestiales. Y porque no pareciese que ellos le buscaban, no se atenía á su fervor (que cualquier leve desahuramiento ó cansancio podía enfriar) sino que El corría todos los lugares de esta y de la otra parte del mar; enviábalos sus discípulos delante, para hacerles saber su venida, y siendo los lugares tantos, que necesitó repartir por ellos setenta y dos discípulos; con todo eso El los recorrió todos en persona. Y porque era conveniente comunicarse á muchas partes y acudir á todos (pues todo se daba á todos con eterna caridad), repartía los días (porque los tenía limitados) conforme las necesidades de cada tierra; y en cada una dejaba su amor ardiendo y su espíritu haciendo el oficio que su presencia corporal no podía. El cuidado de aquel divino corazón, el deseo de la salvación de todos, la igualdad de aquel suave recibimiento para cada uno, la largueza de sus mercedes y maravillas, el sufrimiento con que disimulaba las faltas de cada uno, no se puede escribir ni perfectamente imaginar.

Todo esto le costaba grandísimo trabajo de su cuerpo, porque todo lo andaba á pie, y según algunos, descalzo; andaba muchas leguas por calores, lodos y lluvias, que su delicado cuerpo no sentía menos por ser suyo, que lo que sentiría otro puro hombre. Tropezaría algunas veces, y muchas le saldría sangre; que como la tierra de Judea era fragosa, de muchas serranías y montes, era mucho más trabajoso el recorrerla. Cansábase, sudaba muchas veces y sentábase como otro cualquier caminante. Cuando llegaba á la población, su alojamiento y descanso era irse á las sinagogas á predicar y hacer sus divinas obras. Si enviaba á sus discípulos, como acostumbraba, á buscar de comer, El quedaba tratando del aprovechamiento de las almas. En unas partes era bien recibido, en otras no, y en algunas le desechaban con afrenta. Pero era tanto y tan admirable el ejemplo de mansedumbre y sufrimiento con que se retiraba é iba á buscar otro lugar y ofrecerle sus mercedes, como la blandura con que las hacía á quien las quería. Escandalizados é indignados un día sus discípulos de la gente y lugares que no le querían recibir, teniéndolo (como era en verdad) por el mayor mal del mundo, le pidieron licencia para mandar bajar fuego del

cielo que los abrasase. Y el Señor los contuvo con blandura, diciendo: *No sabéis ni conocéis qué espíritu os mueve*: dando á entender, que el suyo era espíritu de mansedumbre, de sufrimiento y de esperar é importunar á la gente con sus mercedes. Diciéndole otro día que para qué iba á Judea, donde le quisieron apedrear, les respondió, que doce horas tenía el día, de las cuales daba su clemencia por bien empleado, ser por espacio de las once despreciado y desechado por una en que podía ser recibido, lo cual podía ser principio de otras muchas llenas de sus misericordias. Tal es este Señor, que con mucho gusto busca la gente y las almas con sus gracias y mercedes; retirase muy por fuerza, y en lugar de indignarse, va siempre mirando para atrás para ver si le vuelven á rechazar ó si le desean; y donde halla esta voluntad, se olvida de tal suerte del desaire y descortesía con que fué desechado, como si siempre hubiera sido recibido, agasajado y servido.

Las mercedes que el Señor hizo á aquel pueblo en todos los caminos que anduvo y lugares en que entró, no es posible poderse referir; y aunque hay mucho escrito, fué tanta la abundancia de los divinos beneficios y maravillas, que San Juan Evangelista dijo, que si todo se hubiera de referir, no cabrían en el mundo los libros que debían escribirse. Y esto no fué por espacio de tres mil años, sino en poco más de tres; ni se valió de terceras personas, sino por sí mismo y con sudor y trabajo de su rostro. Y en el poco tiempo que al Señor le bastó para hacer y concluir tantas y tan grandes cosas y llenar la tierra de divinas mercedes, se ve claro cuánto más importa una corta vida bien empleada que una larga ociosa, y cuán poco tiempo basta para grandes virtudes y merecimientos. Por donde parece engaño querer mucha vida para merecer mucho; porque si la vida breve toda se ocupase en servicio de Dios, nos llevaría para sí con más corto destierro y más ricos de sus mercedes. Mas porque la mayor parte de la vida está poblada de culpas y defectos, tanto la necesitamos para llorar el mal cometido y purificar lo que nos impide la entrada del cielo, como para merecerle con buenas obras.

Su Majestad alarga muchas veces con misericordia este triste destierro para tener más gente con quien usar de su clemencia. *El justo muerto condena* (dice la Divina Escritura) *á los vivos impíos; y su mocedad acabada prontamente condena la larga vida del pecador*: porque el justo en los pocos años que vive, tiene bienes espirituales para sí y para los necesitados; y delante de Dios la mocedad bien empleada es juzgada por honrada vejez llena de muchos merecimientos; la vida larga del malo, ociosa y llena de pecados, queda con esto reprobada y sin excusa, pues tuvo muchos años para vivir, y en ellos no supo ó no quiso aprovechar unas pocas horas para salvarse. Sóneca fué de sentir, que se dice impropriadamente que el malo muere; porque no sabe cómo se puede componer que muera el que nunca ha vivido, y que acaba la vida quien nunca la ha empezado. Más propio es que el malo siempre murió porque

nunca supo vivir; pues no puede ser vida sino la poblada de bienes que hacen vivir para siempre; en quien siempre vivió para morir, comenzó en la verdad su muerte para siempre antes que comenzase á vivir; y muriendo, continuó la muerte en que siempre anduvo, sin gustar de lo que es vida en verdad; y así compara á los que viven mucho sin vivir bien, á la nave que anda mucho tiempo en el mar siempre á la vista del puerto, la cual navegando y trabajando mucho no adelanta nada.

El justo todo ocupado en servir al Señor y asegurar su salvación, halla en pocos años mucho tiempo para orar mucho, ayunar mucho, hacer muchas limosnas, dar muchos buenos consejos, servir á muchas almas de los prójimos, escribir muchos libros, sufrir muchos trabajos, ejercitar muchas virtudes, porque todas las horas las ocupa bien, y todos los sucesos de esta vida los toma por nuevas ocasiones de ejercitar virtudes y atesorar merecimientos. El descuidado en su salvación, que no trata sino de sus deseos é inclinaciones, necesita todo tiempo para satisfacer la ira, para saciar el apetito de sus deshonestidades, para los gustos de la gula, para el pasatiempo de músicas y juegos, para las lozanías y vanidades, para cumplir con puntos de honra, y para satisfacer á cien mil cosas que juzga obligaciones de persona ó estado, á que Dios no obliga; de suerte que necesitaría tantas y tan largas vidas, cuantas son las cosas en que reparte una sola que tiene, y esa muy breve y muy incierta. Por tanto, cuando quiere tratar de sí y de su salvación, no halla tiempo ni lugar; porque las muchas bagatelas le han quitado tantas partes de la vida, y ella es tan corta, que en llegando la muerte, entonces con el palpar de la ropa para acabar se acuerda muy de prisa de la salvación; y como las cosas que se hacen de prisa no llegan por la mayor parte á tiempo, ó son tales que no aprovechan, sabe Dios quién es entonces tan diligente que pueda en pequeño espacio y tan cercado de dolores, de cuidados y miedos, cortar, coser y acabar el vestido nupcial, sin el cual no tendrá entrada en el celestial banquete. Al que todo lo deja para este último lance, si por su desgracia lo yerra, ¡oh! cuán corta vida le ha de parecer la prolongada que tuvo de pecados, y cuán larga la interminable de penas.

Cristo nuestro Señor, en poco más de tres años que quitó el reposo al cuerpo y á su quietud particular y los empleó en obras divinas, tuvo tiempo para correr muchas ciudades y lugares, para sanar muchos enfermos, resucitar muchos muertos, enseñar muchas doctrinas, dar muchos y fatigados pasos, consagrar el Colegio Apostólico, tundar su Iglesia, ser muchas veces hospedado y servido, hacer á todos muchas mercedes, sufrir muchos trabajos, padecer grandes tormentos, morir, resucitar y subir á los cielos; é importaron más estos tres años para el perfecto remedio de todos nuestros males, que muy largas vidas de muchos justos bien y santamente empleadas, pudieran importar para el particular remedio de cada uno. La raíz de todo esto fué traer ocupada toda su solicitud en la

salvación del género humano, que era la voluntad de su Padre Eterno. Así cuando se cansaba mucho, en nada hallaba alivio más que en tener ocasiones donde dejase hechas muchas y divinas mercedes.

Quien leyere la historia de los Evangelistas hallará que ningún viaje hizo el Señor y en ninguna tierra ni casa entró, de que no escribiesen admirables beneficios hechos con su presencia. Caminando un día cerca de Samaria, fatigado y sudado, se sentó junto á un pozo; y por lo que allí le sucedió se puede conjeturar el cuidado en que andaba empleado su corazón, y qué era lo que le daba más descanso en sus trabajos; porque yendo á la ciudad sus discípulos á buscar de comer, y quedando solo, vino una mujer pecadora á sacar agua del pozo y el Señor le pidió de beber. La mujer, creyendo que de cansado la pedía, se excusó frivolamente. Pero el Señor, que para salvarla caminó á la hora de mediodía hasta aquel pozo, por no perder aquel encuentro, le dio tan altas doctrinas de las aguas vivas que Él abre en los corazones y corren á la vida eterna, que la pecadora deseó beber aquellas aguas; y porque sus pecados lo impedían, continuó la conversación aclarándole el mal estado en que se hallaba. Mas porque sin luz y conocimiento de Dios, ninguno puede conocer y aborrecer el estado del pecado, adelantó el Señor tanto la plática, que lo que nunca descubrió de sí en público, y algunas veces lo decía por rodeos á sus Apóstoles, que era el Mesías prometido de Dios, lo dijo claramente á esta pecadora, por cuya salvación no trabajaba menos que por la de todo el mundo. Ella, alumbrada y convertida, se hizo luego pregonera de las mercedes divinas y del Señor que se las hizo. Volviendo á la ciudad, hizo que toa saliese á recibirle, y fué ocasión de muchas y grandes mercedes que Dios les comunicó.

Mientras ella fué á Sicar á dar noticia del Señor, que estaba ya á sus puertas, y de quién era, llegaron los discípulos con la comida, y le rogaron que tomase un bocado para descansar. El Señor, que se mantenía de hacer misericordias, les dijo que Él tenía otro alimento que ellos aún no conocían, que era nacer la voluntad de su Padre en salvar las almas, y en acudir á las mieses de Dios, que ya estaban blancas y sazonadas, para ser recogidas. Estando en estas palabras llegó á Él toda la ciudad, y le llevaron, oyeron y reconocieron por su Señor. Esta fué su comida aquel día, y de éstos hubo muchos, siendo éstos en los que se hallaba con mayor refrigerio. Por tanto, deseando librar á los hombres de los trabajos molestos y demasiadas ocupaciones de la vida, los aconsejaba poner el principal cuidado en adquirir el reino de los cielos, y que cuando se ocupasen bien en esto, para todo lo demás tendrían á Dios de su parte, que los libraria de no pocos trabajos. No quiso decir en esto que la vida ha de ser ociosa, sino que por todas sus ocupaciones se ha de mirar á conseguir la gloria; porque cuando en los negocios se pretenden otras cosas como principal fin y cuidado, ó no llegan ó se acaban luego, ó no satisfacen; y siempre vienen tan acompañados de miserias y azares, que hacen molesta la vida, los cuidados

no salen bien empleados y queda la vida mal gastada. Pero quien en todas las solicitudes mira como principal la de la vida eterna, éste come el bocado, toma el sueño y trata los negocios sin fatiga; porque en la pérdida de las cosas se enriquece con la paciencia y alabanzas de Dios; en la abundancia y prósperos sucesos, toma mayores ocasiones para granjear la gloria.

Cuando el deseo del cielo es grande, pocas cosas de la tierra bastan, abastecen y suplen muchas necesidades; pero cuando es pequeño, toda la tierra no basta, y sólo alguna cosa del cielo satisfice. Gran prueba de esto nos dió el rico avariento, que siendo para él poco todo lo próspero de la tierra de que gozó en su vida, fué tanto en su reputación una limosna para Lázaro, que de las migajas de pan que los perros comían debajo de su mesa, nunca hubo una para el pobre; y después que se vió en el infierno y á Lázaro en el paraíso, así como en la vida fué escaso en el deseo de las cosas del alma, del mismo modo para refrigerio de las necesidades infernales, no supo pedir de los infinitos y riquísimos bienes de la gloria, sino conforme á los cortos deseos que de ellos tuvo en la tierra, una pequeña gota que pudiese caer del dedo menique de Lázaro mojado en las aguas vivas del paraíso. Pero tuvo por respuesta de esta miserable petición, que conforme distaron de su corazón en la vida las necesidades de Lázaro, teniéndole cada día á la puerta, tanto distaban los placeres del cielo de sus eternas miserias. Sea la conclusión de este negocio, que pues el remediar nuestras necesidades, enriquecer nuestras pobreza y negociar la salvación de nuestras almas, fué el mantenimiento del hambre de Cristo y el alivio y descanso de sus fatigados sudores y trabajos, merece que el nuestro sea contentarle, servirle y no perdernos.

EJERCICIO DE LA PEREGRINACIÓN DEL SEÑOR, CANSADO Y Á PIE

Fortaleza todopoderosa, divina é invencible virtud de los malos y miserables pecadores, mi Dios y Señor y toda mi bienaventuranza, ¿qué fuera de mí, si mirárais mis pecados como yo merezco y no con los ojos de vuestra misericordia? ¿Cuánto ha que me hubierais apartado de Vos, y cuántas veces quedaría sin remedio, si mirárais mis males para castigarlos y no vuestra bondad para perdonarlos? Si me soltárais de vuestra mano como merezco, ¿cuántas veces os hubiera ofendido y merecido ser de Vos reprobado? Mas porque me miráis con misericordia, por eso vivo; porque con vuestro poder me sustentáis, no estoy mucho más perdido y más atolado en males; y porque con vuestros merecimientos suplís la justicia que en mí faltaba, por eso no me habéis reprobado, y me dais esperanza de ser perdonado, y me llamáis con piedad á la comunicación de vuestros bienes divinos. ¿A un tan misero pecador queréis, oh buen Jesús, en vuestra compañía y junto á Vos? ¿Cómo no ha de tener miedo mi inmundicia de esa soberana limpieza? ¿Y mi miseria y bajeza cómo ha de poner los ojos en esa divina Majestad? ¿Qué comunicación puede tener mi pobreza con

esa abundancia infinita; un pecador tan llagado como yo con esa divinidad y salud sobresubstancial; y mis tinieblas con esa clara é inextinguible luz? Yo soy quien Vos veis, y Vos quien Vos sabéis; tan alto, que solo Vos lo podéis comprender. Oh buen Jesús, oh Dios de mi corazón, que porque sois tal y me hicisteis para vuestra gloria, no me queréis apartado de Vos, y pues deseáis alumbrar mis tinieblas, curad mis llagas, esforzad mi flaqueza, limpiad mis culpas, perdonad mis ofensas, enseñad mis ignorancias, resuscitad mis muertes y enriqueced mis pobreza.

Bien sabéis cuán miserable soy sin Vos y cuán poderoso sois para hacer templo y morada vuestra de esta miseria, y por eso me queréis apartar de mí y acercar á Vos. ¿Pues si tanto me importa, si tanto lo deseáis y aunque el gusto es vuestro todo el provecho es mío, ¿quién me prende y tiene un solo instante apartado de Vos? Yo que había de daros voces, estoy mudo y Vos me rogáis; yo que había de llamar siempre á vuestras puertas con lágrimas y gemidos, estoy distraído en otros vanos cuidados y Vos me llamáis constantemente; yo que había de obedeceros, estoy sordo á vuestros mandamientos, y Vos me estáis avivando. Cómo, buen Jesús, se conmutó la suerte, que el culpable rehuse y el ofendido ruegue; que la criatura huya y el Criador ande en pos de ella; que el doliente deseche la salud y el Médico divino se empeñe en la curación; que el herido ame sus llagas y Vos, ¡Dios mío, os doláis y compadezcáis de ellas! Oh Dios de mi alma, aquí veis quién soy yo, que amo mi perdición; y aquí veo quién sois Vos; pues Vos sólo como amantísimo Padre solicitáis mi remedio.

¡Oh, si sintiera tanto mis males como Vos! ¡Oh, si los aborreciera como Vos! si hiciera tanto para salir de ellos, como Vos por sacarme; ¡oh, si trabajara por mí bien como trabajasteis Vos para negociármelo! Vos, buen Jesús, que conocéis la gravedad de mis pecados, los daños que me hacen, y los bienes que por ello pierdo, viendo mucho antes que yo naciese al descuido de mi corazón, tuvisteis piedad de mí, y no perdonasteis ningún trabajo por buscarme el remedio que necesitaba. Aparecisteis, luz divina, á la gente que estaba como yo en tinieblas de pecados, y como buen Pastor anduvisteis buscando las ovejas erradas por tierras frías, por montes ásperos, por valles, ciudades, villas y lugares, á pie, descalzo, sudando y quebrantando ese inocentísimo cuerpo, y porque no les habíais de hacer fuerza, á poder de muchas obras de amor convidábais á todos los corazones á que os amasen, buscasen, y aceptasen vuestras mercedes. Todo lo llenáis de divinas doctrinas, de maravillosas obras y milagros, de sufrimiento y paciencia, de agrado y blandura y de suavidad de vuestra divina conversación. ¡Oh, cuántas mercedes hicisteis, en medio de estos trabajos y fatigas, á los pecadores! ¡Cuánto debo, Dios de mi corazón, á estos vuestros cansados pasos y caminos!

Ninguno os llamaba á su casa que dejaseis de ir; disimulábais su poca fe, y con vuestra misericordia todo lo suplíais y llenábais

de mercedes. Si no os llamaban, Vos íbais á buscar con cuidado, misericordia y blandura á quien había menester. Vos fuisteis al mar á buscar los pescadores, para hacerlos vuestros discípulos. Fuisteis á buscar al publicano Mateo, para hacerle vuestro evangelista. Fuisteis á la desconsolada viuda de Nain, para resucitarle el hijo. Fuisteis á la piscina, para sanar al paralítico desamparado de los hombres por espacio de treinta y ocho años. Fuisteis á Tiro y Sidonia, para enriquecer á la pecadora cananea. Fuisteis á buscar la casa del Fariseo, para santificar á la Magdalena. Fuisteis á buscar la casa de San Pedro, para sanar la suegra. Tomasteis el camino por donde sabíais que Zaqueo, pequeño de cuerpo y de virtudes, y grande en pecados, había de desear veros, para poner en él vuestros suavísimos ojos, ser su huésped y santificar su persona y su casa. Fuisteis á buscar las de los errados pecadores, para comer con ellos. Fuisteis al pozo de Samaria á hora del mediodía, lleno de calor y sudor, á buscar la pecadora samaritana para darla vuestra agua de vida.

Fuisteis á encontraros varias veces con muchos ciegos, para alumbrarlos; con muchos endemoniados, para librarlos; con muchos leprosos, para curarlos; con muchos desconsolados, para recrearlos; con muchos pecadores, para perdonarlos; con muchos errados, para encaminarlos; con muchos duros, para ablandarlos; con muchos olvidados de su bien, para hacerles mercedes. Cuando os desahabais ó caíais en el lodo; cuando lastimábais con las piedras vuestros sacrosantos pies; cuando de muy cansado no podíais andar; cuando os sentábais á tomar aliento; cuando os abrasabais con el calor; cuando el sudor pasaba vuestra ropa; cuando los vientos y lluvias os fatigaban; sólo el cuidado de vuestras ovejas os animaba; el peligro en que las veíais no os dejaba reposar; la necesidad que de Vos tenían os hacía apresurar sin permitir descanso. Para esto madrugábais, por esto os parecían las noches largas, las horas del día cortas, y por acudir á todos y á todas partes, duplicábais y multiplicábais el trabajo; porque el cuidado y amor de vuestro piadoso corazón no os dejaba parar. Y aunque de todos los lugares salían á los campos y montes á buscaros, nunca os dabais por importunado y á todos repartíais vuestras misericordias, dejándoos satisfechos. Y ni por eso omitíais el ir por toos los lugares á buscar los desahabados o que por algún impedimento no podían salir á buscaros al campo. No sufríais que ninguno os pudiese desear y que no os hallase, ni que faltase vuestra presencia y llamamiento á los que no os conocían y andaban errados.

¡Oh Pastor bueno y piadoso, abrid mis ojos para que conozca que yo soy la oveja errada á quien por todos estos caminos, pasos cansados y fervorosas solicitudes buscáis! A mí me llaman esas voces, á mí me convidan esas misericordias, á mí me enseñan esas doctrinas, á mí me consuelan los recibimientos que hacéis á esos pecadores, á mí me curan esos milagros, á mí me dan descanso esos cansancios, á mí me refrescan esos sudores, y á mí miran esos pia-

dosos ojos que convierten los pecadores. Allá traíais el cuerpo, pero en este pecador la atención; allá hacíais las mercedes, pero á este pobre llamábais al fruto de ellas. ¿Qué os daré, Señor, por todos estos beneficios? ¡Oh buen Jesús, pues me buscáis cansado y sudado, no sea en vano para mí tanto cuidado y trabajo! No soy yo para Vos menos que todos esos pecadores, ni sois Vos menos remedidor mío, Pastor y Redentor, que de todos ellos. Dadme, Señor, un lugar en la mesa del pecador Mateo, ó una entrada en la casa del santificado Zaqueo, ó uno de vuestros pies con las lágrimas de la Magdalena, para ser con ella perdonado, ó una migaja de vuestro divino pan, para ser hartó como la cananea, ó algo de vuestra suave agua de la vida, para ser como la samaritana alumbrado en vuestro conocimiento y amor. Y si nada de esto merezco, oid, buen Pastor, las voces de esta vuestra leprosa oveja que clama á Vos por salud; decidla que sane y luego será limpio. Vos Señor, digisteis que aunque fuisteis enviado á las ovejas erradas de Israel, teníais otras que de Oriente y Poniente habíais de traer á vuestro rebaño, y que os convenia recogerlas para que no se perdiesen. Yo soy, buen Jesús, una de esas; sé que entre todas no me tenéis olvidado; bien sabéis mi nombre, bien conocéis mi miseria, bien veis cuán llagado y despedazado estoy de los lobos infernales y de los pecados. Pues, Señor, llevadme á vuestro rebaño y tras de vuestros divinos pasos, para que me vaya manteniendo de vuestros espirituales y celestiales pasos.

¡Oh Padre celestial, oh clementísimo Rey y Señor mío, que me veis y no os veo! Haced que como me veis os vea, y me conozca como me conocéis. ¿Qué veis en mí, luz divina? ¿Y qué es, buen Jesús, lo que yo no veo en Vos? Hacedme que yo os conozca, para que me aborrezca y os dese. Vos veis mi pobrisimo interior; cuán lejos estoy de Vos, y por eso con tanta prisa me buscáis; cuán ciego estoy de vuestro conocimiento en región oscura de la muerte, y por eso salís luz para mí y dais tantas vueltas y revueltas por alumbrarme; veis cuántas razones tengo de sospechar el ser de Vos recibido, y para cortar mi desconfianza, os acompañáis con pecadores.

Oh Señor, si bajare en particular á lo que en este interior veis, cuán imposible me será su conocimiento y confesión. Vos lo veis y lo sufrís, compadeciéndoos de cuán miserable estoy. Veis, sobre todo, que no os veo, ni los bienes que en Vos se encierran, y sólo ellos me pueden remediar. No veo ese amor que me tenéis sino por semejanzas, ni la virtud de vuestras obras sino por conjeturas, ni vuestros suavísimos bienes sino por menudencias. No veo el incomprendible piélago que Vos sois, y que todo sois mío y para mí. Aunque todo esto lo creo, es mi fe tibia, porque me falta la luz y experiencia de la perfecta caridad; y como ciego que no veo, ando embelesado en lo que veo, que es lo que más me ciega. ¡Oh luz divina que nunca te oscureces! ¡Oh divino resplandor que no admities tinieblas! ¡Oh día que nunca anoheces, sol que nunca te po-

nes! ¿Por qué, alumbrando tanto, estás á mis ojos de lince y águila tan encubierto, que con el sol delante menos veo?

De cuantas vueltas disteis por esas oscuras moradas, dad una por esta alma para que os vea, os logre y ame. Oh mi buen Jesús, por lo que en mí veíais, no descansábais; y si yo os viere y conociere, ¿quién me detendrá para que no os ame, que no os aborrezca y que no os posea? Caminad, Señor, con vuestra hermosura; entra y reinad en esta alma; abrid esta puerta de hierro; derribad este muro de acero; ablandad la dureza de este empedernido corazón; entrad por las cuevas oscuras de este interior, en que tanta ponzoñosa víbora se esconde, y en que tantos terrenos y brutales apetitos se reogen. Huyan con vuestra presencia todas las enemigas potestades, y estaréis con vuestra errada oveja en brazos, alegrándoos de haberla ganado, curándola las heridas de los lobos, trasquilando sus terrenas superfluidades y dándola espíritu para que os reconozca á Vos, mi buen Pastor y todo mi bien. ¡Oh, cuánto será esto! ¡Cuándo os veré, mi Dios, como de Vos soy visto! ¡Cuándo os amaré como soy amado de Vos! ¡Cuándo os desearé como de Vos soy buscado! ¡Cuándo pondré en Vos toda mi solicitud como Vos en mí la ponéis, y cuándo os poseeré de modo que sea todo poseido de Vos! Si Vos, Señor, buscáis los pecadores por lo que en ellos habéis de hallar, bien veis cuán pobres somos y faltos de todo bien; no os canséis en balde, buen Jesús. Mas si los buscáis por lo que les habéis de dar, dad, Dios mío, dad, salud mía, lo que queréis, y hallaréis en mí lo que deséis.

Oh Señor mío, cuánto me importa estrecharme mucho con Vos y que no me dejéis de vuestra mano, pues veo gente de mi naturaleza tan errada y tan ciega, teniendo por delante de sus ojos á Vos, luz divina, que los íbais á buscar á sus ciudades y casas, sudado y cansado, y no os querían recibir; otros os echaban á pedradas, y otros, cuando más comedidos, os rogaban que os apartaseis de su lado. ¡Oh ceguedad del humano corazón! ¡Oh atrevimiento del alma miserable, que desechando y arrojando á Vos, imagina que ha de tener otra cosa mejor! Moisés, alumbrado de Vos en el monte con cuarenta días de vuestra conversación, aprendió que no le convenia moverse de aquel lugar hasta que le prometieseis ir con él y con vuestro pueblo, conociendo que en ninguna cosa podían entender que los amábais, sino en acompañarlos siempre y guiarlos; y el triste y ciego pueblo, que no había gustado de vuestra suave conversación, hacía dioses de oro para que los guiasen, y estaban contentos con sus yerros; de modo que quien más conoce, sabe tener miedo de estar sin Vos un instante, y quien no os conoce, sin Vos y con su mal vive contento. Oh Dios de mi alma, dadme á conocer cuán gran mal es estar sin Vos, para que tema ser de Vos apartado.

¡Hasta este pecado me sufrís, misericordioso Jesús! ¡Cuántas veces os eché de mi corazón, desprecié vuestras inspiraciones y no quise vuestra compañía! ¿Por qué no cubro mi rostro delante de

Vos, Dios mío, á vista de ser tal? ¿Qué busqué cuando os dejé? ¿A quién obedecí, cuando no os oí? ¿A quién recogí, cuando á Vos deseché? Oh buen Jesús, misericordia. No os troqué por animales, como los de Genezaret, sino por los atoladeros, muladares y lodos de mis bajos terrenos deseos, y por lo que Vos veis en este miserable corazón. Conviértanse, Señor, todas mis venas en fuentes de lágrimas con que riegue esos divinos pies para alcanzar misericordia. Os dejé, vida mía; y dejándoos, ¿qué vida esperaba? Os eché fuera, amigo de mi alma fidelísimo; ¿y a quién quería yo entonces recoger? No os abrí, riqueza de todos los bienes eternos; y ¿a quién tenía entonces dentro de mi alma? Oh salud mía, oh mi suave Redentor, ¿con qué dolor de corazón y con qué vergüenza os contesaré esta miseria, y con qué os satisfaré tan disforme descortesía? Mirad, amor de mi alma, hacia Vos, antes que á lo que merezco. ¿Quién os detenía entonces para que no arrojaseis luego del cielo sobre mí? ¿Quién os ablandaba para que no se abriese la tierra, y no fuese sumergido en los abismos? ¿Quién os rogaba por mí para que no me entregaseis á mis enemigos? Y sobre eso, ¿quién os hacía persistir en volver muchas veces á llamarme y convidarme cuando yo os debiera importunar? ¿Quién, Dios mío, quién hacia en Vos todo esto, sino ese amor que me tenéis? Oh amor, mi valedor; oh amor, mi amparo; oh amor, mi sufridor; oh amor, mi amigo; oh amor, mi convertidor, mi curador y tutor, mi salud, mi médico, mi Padre, todo mi remedio y mi bien; valedme, recibidme, mudadme. Venid, amor, ahora que os deseo; entrad ahora que os quiero; cerraos dentro, pues abro; curadme, pues os lo suplico; poseedme, pues aquí me entrego; gobernaame, pues me rindo; y libradme de mí, pues á Vos me refugio. Acabense las ceguedades, las descortesías, las durezas, los desventurados trueques pasados; y desde ahora para siempre, sed Vos el Señor de esta alma, el habitador pacífico, el servido, el adorado, el amado, el querido y el agasajado de ella. ¡Oh mi amor, oh mi buen Jesús, oh todo mi bien!

Madre de Dios y Señora, que siempre recogisteis y agasajasteis en vuestra alma á este Señor, y que ni cuando de vuestra casa salí para buscarme le dejé de acompañar vuestro amor y espíritu purísimo; recibidme por vuestro; dadme un rincón en vuestra casa, porque ya que es la más acepta á este Señor, y donde El más de continuo vive, en ella me halle, en ella me tenga siempre por suyo. Oh corte celestial, siervos y moradores de la casa del Señor, y moradas de su gusto y placer; pues para acompañaros fui criado, no estéis allá mucho sin mí. Alcanzadme que acaben ya los yerros ue esta descaminada tierra, y los engaños de las moradas de este triste destierro, para que con Vos sea recibido donde siempre me tenga consigo vuestro soberano poseedor, y yo le tenga á El conmigo adorado y poseído para siempre. Amén.

TRABAJO XIX

Dureza de la gente judaica.

GRANDES fueron los trabajos que sufrió el Señor los años que anduvo peregrinando por las ciudades de Israel y Judea, las cuales le cansaron y afligieron mucho más que la propia peregrinación. Entre ellos fué uno muy principal, la dureza de la gente judaica, que no sólo no quería recibir, sino que contradecía toda su doctrina y divinas obras, de la cual, como de fuente, nacieron todos los trabajos que ocasionó al Señor aquel pueblo y su propia perdición. Vicio antiquísimo es en la nación judaica la dureza de corazón de que está llena la Divina Escritura: en tanto grado, que siendo escogida entre todas las naciones del mundo para pueblo de Dios, segregado de todas las gentes para servirle y adorarle, y asombrando Dios al mundo con las maravillas que por él hacía, nunca le pudo blandir á su obediencia y servicio. Los hijos descendientes de los patriarcas santos; trájelos siempre en las palmas de las manos, llenos de favores y riquísimas mercedes; á ellos hizo las promesas del Mesías y de todos los bienes de la tierra y del cielo; estuvo conversando con ellos en el monte Sinaí; enviélos muchos profetas; dióles en sus pecados espantosos castigos; les perdonaba después con admirables favores; los libraba de todos sus enemigos; les proveía larguísima y por vías extraordinarias en todas sus necesidades, y jamás pudo tenerlos sujetos con ninguna cosa; siempre le fueron rebeldes; siempre malos de contentar; siempre falsos en las promesas que hacían de servirle.

A Moisés le quisieron apedrear en el desierto. A vista de Dios, que en el monte Sinaí estaba hablando con él, todo inflamado, hicieron un becerro de oro y con gran fiesta le adoraron. Ya le mataban sus profetas; ya levantaban ídolos para apartar al pueblo de adorar á Dios en su templo; ya daban culto á los dioses de las demás naciones; siempre, en fin, andaban al revés de la voluntad de Dios; y es tan propio de esta nación como por juro y heredad la dureza de corazón, que aún hoy vemos en estas partes de Berbería (donde tienen muchas poblaciones) que no sólo son tan duros, que ni aun convencidos en sus yerros por las divinas Escrituras, y llegados á no saber contradecir la verdad manifiesta, por ningún caso se quieren rendir; sino que antes se precian de la dura cerviz, y toman por honra lo que contra su dureza dice Dios en la Sagrada Escritura, como gente que no se rinde fácilmente sino á cosas muy palpables y que tenga á la vista. Y siendo en la vida y en la malicia la peor y más mal inclinada gente que en la naturaleza y en el mundo puede haber, de tal suerte se tienen hoy por pueblo favorecido y escogido de Dios, y por la mejor y más acepta gente á sus ojos, como se pudiera reputar el mismo Patriarca Abraham de quien descenden. Y se ve claro en ellos lo que dice la Sagrada Es-

critura, que son vendidos para hacer mal: porque de tal suerte lo tienen por vida y por oficio, que quitándoles Dios los bienes temporales que da á otras erradas naciones, sólo les quedó la mentira y engaño de que viven y con que se mantienen, y esto trayendo siempre el nombre de Dios en la boca.

Cúmplase hasta hoy en ellos lo que dice Isaías: *Este pueblo me honra con la boca; pero su corazón está muy lejos de mí.* Los yerros y herejías que han fraguado contra su ley y contra la Sagrada Escritura (que todos ellos hasta los niños saben de memoria) son innumerables. La bejeza y grosería, ó por mejor decir, la torpeza con que la exponen y las infinitas patrañas que aumentan á su historia, es cosa muy vergonzosa para cualquiera desapasionado entendimiento. Se ve claro lo que de ellos dijo Isaías: que Dios convertiría en ellos por su dureza, todo el saber y prudencia de los sabios en necedad; y lo que dice nuestro Padre San Agustín: haber ordenado la divina Providencia, que entre los judíos se mantuviesen las divinas letras con que ellos se cegasen y las demás gentes fuesen alumbradas. No ven en ellas ninguna de las cosas naturales al corazón humano á que él es inclinado y para que fué criado (de que la divina Escritura tiene infinitos tesoros), ni de las espirituales, morales ó celestiales, ni las saben entender, ni desear, ni esperar de Dios; y el remate de todo es, que cuando la ley de Moisés los obligaba, nunca logró Dios que la guardasen; después que ya cesó, se mueren por guardarla. Se ve claramente, que éstos que no quisieron á Cristo, recibirán con los brazos abiertos al Anticristo. Me alargué tanto por lo que en esta dura gente veo por experiencia en los años que estoy aquí cautivo, porque es clara demostración de lo que con ellos pasó el Redentor; pues los mismos, son ahora que entonces, y si anduviera entre éstos con la mansedumbre con que sufrió la dureza de los de su tiempo, sin duda que con ningún amor ni servicio se le podía agradecer tan grande misericordia y molesta comunicación. Pues siendo los pasados y los de hoy de la misma durísima y rebelde cerviz, según se ve cotejando los presentes con lo que está escrito de los antepasados, no sabré alcanzar, y mucho menos ponderar con palabras, el gravísimo peso del trabajo que Cristo padeció en tratarlos y sufrirlos.

A Moisés le costó grandísimo trabajo gobernarlos por espacio de cuarenta años; á muchos profetas les costó la vida el quererlos enderezar en sus yerros, y porque á Dios no le quedase nada que hacer para salvar á esa gente, vino su Hijo, como tenía prometido, á pasar por los trabajos de sus siervos; y ofreciéndoles riquísimas y divinas mercedes, no sólo no le recibieron, sino que refinaron sus durezas en darle el galardón que á otros profetas con muerte cruelísima. Bastando sus divinas doctrinas para convertir las piedras, y sus milagros, blandura y mercedes, para llevar los montes tras de sí, escasamente halló doce Apóstoles y otros pocos discípulos con algunas mujeres devotas que le seguían y algunos principales que le tenían por Maestro, pero en secreto, con miedo de los demás

principes, sacerdotes y letrados. Y viendo delante de sus ojos cumplido en el Señor cuanto estaba profetizado, y la santidad de su vida en que no había defecto, cerraron los ojos á la luz, juzgaban mal de El, murmuraban, armábsenle celadas, contradecían cuanto decía y hacía y desagradecían cuantos bienes y mercedes recibían de El, como más largamente se dirá después. Aprovechábanse de sus milagros cuando para sus enfermos y muertos le habían de menester; pasado aquello le injuriaban, pedían señales del cielo y juntaban consejos para destruirla. Un día, en Nazaret, su patria, porque declaró en la sinagoga un paso de Isaías, en que hablaba de su doctrina y maravillas, diciendo que entonces se cumplió en El, le llevaron á un monte para arrojarle desde lo alto, y se libró de ellos haciéndose invisible. Otras veces le quisieron apedrear porque nombraba á Dios por su Padre. No le sufrían hacer milagros en sábado. Daban sentencias como de excomunión y de ser arrojados de las sinagogas como malditos, cuantos le siguiesen ó hablasen bien de El. No dejaron, en fin, de hacer cuanto pudieron en testimonio de su dureza y del odio que le tenían. Leñales los pensamientos y se los declaraba: convenciálos en todas sus preguntas: cada día dejaba avergonzados á los principes de la Sinagoga delante del pueblo, y cada vez eran más duros.

Como el pueblo ordinariamente sigue á los mayores, aunque andaba pasmado de ver los milagros del Señor, con todo eso mostró por último su dureza, y se unió con los principales, conjurándose con ellos contra Cristo, con tal obstinación, que por quitarle la vida tomaron sobre sí y sobre sus hijos la sangre del inocente Cordero. Siempre faltaron á la fe y nunca llegaron á abrir los ojos para ver la luz que delante de sí tenían. No despertaron con la entrada de los Reyes Magos en su tierra, dando testimonio de haber nacido el Mesías. No se alegraron con lo que anunciaron los pastores sobre su nacimiento. No atendieron al público testimonio que de El dió el Bautista, y la voz del cielo que oyeron en su bautismo. Ni con entrárselos por sus casas, irlos á buscar á sus ciudades, descubriéndoles manifestamente la verdad, y lo que es más, ni con experimentar su divina virtud en sus padres, madres, hijos, parientes, amigos y en sus propias cabezas, piernas, brazos y miembros dolientes que les sanaba; nunca se rindieron á conocerle, recibirle y servirle. Todo les endurecía más, y todos los hacía peores y más duros que las piedras; porque éstas se quebraron en su Pasión; el sol negro su luz; los idólatras Centurión y sus ministros le confesaron por Hijo de Dios; y ellos vencieron á las piedras en la dureza; á la tierra que tembló, en no moverse; á las tnieblas en no dejarse alumbrar, y á los idólatras en la obstinación.

Tras de esta gente andaba el Señor con tanta hambre de su salud, tanto deseo de su salvación, tanta constancia y multitud de mercedes, sabiendo que todo era en balde, como si lo turvieran muy merecido, y se lo hubieran de agradecer como debían. El sentimiento que esto le causaba, el dolor y trabajo que semejante du-

reza le traía, lo mostró claramente algunas veces en las quejas con que argüía al obstinado pueblo. Puso á la vista al ejemplo de los Ninivitas, que con un sermón de Jonás se convirtieron; y siendo El mucho más que Jonás en la persona, doctrina y maravillas, no le quisieron creer. Sacó también el de la reina Sabá, que vino á oír la sabiduría de Salomón; y entrándoles á ellos por sus casas la divina sabiduría, infinitamente mayor que la de Salomón, no querían oírla. Otras veces les sacaba á cotejo las ciudades de Sodoma, Tyro y Sidonia, las cuales, aunque eran muy malas y perversas, quedaban ellos peores, porque aquéllas se hubieran convertido si vieran las maravillas que desechaban ellos. Quejábase con dolor de las muchas veces que los había querido juntar y recoger, como la gallina á sus polluelos; y ellos no quisieron, por lo que serían arrojados de su tierra. Algunas veces, con las parábolas y preguntas que les hacía, les ponía á la vista su dureza y los convencía por sus propias respuestas en que sentenciaban contra sí; haciendo esto, para que conociéndose, se ablandasen; pero viéndose convencidos, se endurecían más, y de allí mismo tomaban ocasión para quererle mayor mal y empeñarse en su destrucción. Lastimábase el Señor de la mucha sangre de justos que Dios les había de pedir.

Entrando en Jerusalén con aplausos y honras divinas, iba llorando la destrucción que había de venir á la ciudad por su dureza. Sentía que no le recibiesen á El, que era Hijo de Dios, diciendo que á otros falsos Cristos recibían. A este modo se lastimaba muchas veces y declaraba el sentimiento de su corazón, que no era pequeño, cuando de El hablaba tantas veces. Ni ha menester este trabajo del Señor mayor encarecimiento que el cotejar el incansable cuidado, ocupación y deseo con que incesantemente procuró la salvación de este pueblo; cotejarla digo, con su descuido, malicia y dureza que todo lo hacía vano, como hecho en balde; y esto era para el amor y blandura del Señor el mayor verdugo y más áspero tormento. Lo tuvo su Majestad por tan grande é insufrible, que porque los Apóstoles no perdiesen el ánimo cuando lo experimentasen después de predicar en Judea y esparcirse por el mundo, les avisó que le tomasen por ejemplo diciendo: *Si guardaron y recibieron mi doctrina, también recibirán la vuestra*; queriendo decir con esto:

No queráis para vosotros más de lo que visteis en mí; así como yo no fui oído ni vosotros lo seréis, haced lo que está de vuestra parte y contentaos; ni por la dureza de los humanos corazones que habéis de hallar en el mundo dejéis de trabajar por su salvación hasta la muerte, como yo lo hice.

Cuán grande y perjudicial mal es la dureza de corazón, se manifiesta en dos cosas, fuera de otras. Una es, que aun la bondad infinita de Dios, con usar de extraordinario exceso de su piedad y de su amor, no podía sufrir ni disimular, porque sufrir al que se ablanda y perdonar al que se conoce, es orden regular de la divina misericordia; pero hacer mucho por quien todo lo ha de despreciar y sufrir mucho á quien no se ha de aprovechar, es otro admirable,

más alto é incomprensible género de mostrar la infinita y soberana bondad. Vese esto claramente en la Divina Escritura; pues pidiendo Moisés á Dios con mucha instancia que perdonase al pueblo el pecado del becerro que hizo y con quien idolatró, alegando para el perdón muchas y poderosas razones, y pidiéndole que no les mandase mover de allí hasta prometer que iría con ellos como antes, no pudo conseguir de Dios, sino que por entonces no acabaría con el pueblo y que enviaría en su lugar un ángel. Y no alegaba Dios otro motivo, sino que era pueblo de tan dura cerviz, que si anduviese en medio de ellos y los acompañase, se encendería algún día su ira contra aquella dureza y á todos los destruiría.

Al mismo tiempo andaba también Moisés pretendiendo con Dios que le mostrase su rostro para conocerle y asegurarse con esto que le era acepto. Prometióle Dios que en el monte le mostraría no lo que pedía, sino lo que bastase para conocer su grandeza y cuán acepto le era. Llévóle para esto al monte Sinai, y pasando la gloria de Dios delante de él aunque sin verla, pero sintiéndola, oyó que en aquella gloria iba sonando una voz que decía: Dios, Señor misericordioso, piadoso, clemente, de mucha piedad y verdadero, que haces misericordia en millares de generaciones y quitas las maldades y pecados, porque sin tí ninguno es por sí inocente en tu presencia, y cuando castigas llega tu ira cuando mucho hasta la tercera ó cuarta generación. Oyendo Moisés esta voz se postró con el rostro en la tierra, aprovechándose de estos nombres de piedad que el Señor de sí le enseñaba, pidiéndole que no dejase de acompañar á su pueblo, dándole sólo por razón que era de dura cerviz y que Dios con su presencia le sacaría de sus pecados y le poseería. De suerte que Dios para no acompañarle daba por razón su dureza á fin de no acabar con él, y Moisés para que no le dejase, le daba la misma razón de que siendo tan duro, solo El le podía sufrir y era quien le podía perdonar y sanar. Empeñó á Dios por la demostración tan larga que le dió de su misericordia, con mucha diferencia del castigo; pues éste le alarga cuando más hasta la cuarta generación y su misericordia abraza á millares. Como quien dice: ya que Vos, Señor, sois tal, á Vos corresponde sufrir la dureza de este pueblo, para que no le acabéis, para que le perdonéis y remediéis, y no á mí ni al ángel que enviáis conmigo, porque nosotros no tenemos vuestra infinita bondad para poder sufrir la cerviz durísima de este pueblo; y pues esto sólo es vuestro, habéis de caminar conmigo. No se negó Dios á esta razón; y aplacándose, perdonó al pueblo y prometió acompañarle y que no le desampararía; porque esto es tan propio de su Majestad y de las invenciones que su excesivo amor halla para sobrellevar los pecadores sobre toda costumbre, orden y razón, que parecía impropio encomendarlo á Moisés ni al ángel.

La otra cosa que muestra la grandeza de este mal es, que siendo Cristo nuestro Redentor perfectísimo Maestro de todas las virtudes, resumió cuanto quería que aprendiésemos de El en mansedumbre y humildad de corazón, de la cual, sobre todo se hizo Maestro,

como raíz que es, fundamento y disposición de las demás virtudes, de su luz y de sus favores. Con un extremo tan grande como es ser el Señor manso y humilde de corazón, quiso quitar el otro abominable de la dureza de los corazones humanos. Porque ¿qué razón tiene el hombre para ser duro de corazón con Dios? ¿En qué confía? ¿En qué se funda? ¿Quién es? ¿Qué ser ó substancia tiene el que es vaso de miseria, barro y lodo? ¿Y qué razón hay para que Dios se doble, someta y sufra nuestras durezas, amanse su fortaleza, humille su divina Majestad, y deja de deshacer en polvo el barro que se atreve contra su criador? Hay tanta desigualdad entre las dos cosas, que por eso nuestro misericordioso Señor tomó nuestra soberbia por ocasión de mostrar su infinita piedad; y con un extremo tan grande de bondad humilla su grandeza, ablanda su poder y se hace Maestro de la mansedumbre y humildad, principalmente para confundir otro gravísimo extremo de atrevimiento y soberbia, cual es ser el corazón humano duro, rebelde y pertinaz contra su Dios. Así San Pablo, viendo cuán poderosa es esta bondad y misericordia del Señor para rendir cualquier duro corazón, se maravilla de nuestra dureza tan empedernida, que ninguna cosa hasta para ablandarla. ¿No sabes, dice, que esta mansedumbre del Señor te brinda y llama á penitencia, pues con dureza de tu corazón atesoras ira para el día en que habrás de menester los tesoros de la misericordia?

No sé vicio que más derechamente se oponga á la humana naturaleza, cual es el ser racional y gobernarse por ley y razón; ni que sea más impropio á su natural propiedad de ser mutable en todas las cosas, no sólo del mal para el bien, sino del bien para el mal. Dicen los teólogos, que una razón por qué Dios no remedió el pecado de los ángeles, sino el de los hombres, es porque no quiso alterar sino seguir el orden de estas dos naturalezas, que ya había criado. Al ángel le hizo de naturaleza inflexible; porque como no tiene impedimento corporal para dejar de entender las cosas con toda su capacidad y posibilidad, la emplea toda en aquello que ha de conocer, de tal suerte, que no puede alcanzar otra cosa con que se mude de lo que una vez entendió; y como el amor sigue al entendimiento, se aferra también en aquello á que se inclinó. Por eso los ángeles que con toda su capacidad conocieron á Dios, y se sujetaron á Él, fueron luego glorificados, porque no podían pasar más allá de aquel conocimiento en estado de viadores, y emplearon el amor con toda su inclinación en lo que tenían conocido de Dios, por lo que merecieron ser luego glorificados. Mas los ángeles malos, que conociendo á Dios cuanto podían, se apreciaron y amaron á sí mismos más que á Él, fueron condenados, porque no eran capaces en estado de viadores, de más conocimiento que el que ya tenían de la verdad, que voluntariamente reprobaron con todas las fuerzas de su angélica naturaleza, no por yerro ó engaño, sino por pura malicia contra el conocimiento certísimo que de sí les había dado Dios. Por eso es propio de los ángeles no ser mudables, y de los que se perdieron, la obstinación y dureza.

Mas los hombres, que por la compañía del cuerpo terreno no alcanzan las cosas con toda la posible capacidad, así como pueden creer en el conocimiento y amor de ellas, también pueden recibir mejoría y verdadera luz con que conozcan sus engaños. Por eso remedió Dios los yerros de la naturaleza humana naturalmente capaz de mudarse del conocimiento malo al bueno y del aborrecimiento en amor, porque nunca falta en lo necesario. Resulta, pues, que los duros de corazón deben temer en sí el transformarse en condiciones de demonios y perder la natural blandura humana cuando llegan á tan desventurado estado; y el Señor, como justo ponderador de los merecimientos de nuestras obras, justamente da la pena de los demonios á los que por su voluntad quisieron parecerse á ellos. Los condenados, por tanto, son mal aventurados en el infierno, porque su pena principal es perpetua obstinación en el mal, de modo que viéndole no le pueden aborrecer; y así aman los pecados que no pueden cometer y aborrecen á Dios que no quisieron amar, como si tuvieran naturaleza de demonios; y justamente estará en su compañía perpetuamente obstinado contra la propiedad de la humana naturaleza, el que contra ella fué en la vida voluntariamente tan duro que nunca quiso mudarse para mejorar su condición.

La raíz de este desventurado mal es ser el hombre aferrado á su voluntad y parecer, que es la cosa de que menos caso se hace en la vida, y muchas veces se tiene por virtud y entendimiento; pero es tan perjudicial, que si con tiempo y con cuidado no se corta, llega el humano corazón (que de suyo es inclinado al mal) á aferrarse más en su parecer cuando es errado, que cuando acierta; lo que es cualidad muy parecida á los condenados; y de aquí nacen diferentes géneros de dureza de corazón, no de un golpe, sino poco á poco, hasta dar en obstinación infernal. Primeramente con la antigua costumbre de seguir su parecer, vienen á sujetarse poco á la ley de Dios y soltar la voluntad á los pecados, aunque no tanto que el alma se obste en ellos; pero con la continuación de caer y la poca ó ninguna enmienda, llega el alma á desear algunas veces arrepentirse y salir del pecado, pero no halla en sí modo para formar dolor de los males cometidos, aunque los conoce y desea aborrecer de corazón. Estos tienen aún muchos remedios, y el que tengo por más poderoso para entemecer el corazón, es humillarse del modo que pudiere y como supiere, á los pies de Cristo crucificado, desconfiando de sí, y pidiendo á aquella sangre caliente que muestre su virtud en criatura tan insuficiente por sí para todo bien, como la que allí se presenta.

Yo conocí persona que viéndose en pecados, y no pudiendo dolerse de ellos, salió desconsoladísimo de su casa sin saber dónde ir ni qué hacer para ablandarse. Hallóse á la puerta con un pobre miserable, negro y asqueroso. Acordóse de lo que Cristo dijo, que á Él se hacía lo que se hacía á sus pobres; y volviendo á entrar en casa, le llevó limosna de lo que ha ló para comer, y puesto de rodillas descubierto, imaginaba que se ponía delante del Señor, y con la hu-

Vos? El abismo de mi miseria sin fondo, sólo del abismo infinito de vuestra misericordia puede esperar remedio, y solo Vos podéis agotar la ponzoña que se ha estancado en este corazón. Hacedme, Señor, conocer cuál estoy sin Vos, para que sepa huir de mí hacia vuestra piedad.

¡Oh mi Criador! Vos me hicisteis de la misma masa de todos los pecadores, y yo soy lo que en todos veo; y lo que de eso no soy, á Vos sólo lo debo. Hijos de Adán eran y son los judíos, llenos de vuestras promesas, favores y mercedes; anduvisteis entre ellos, les enseñasteis cosas divinas, obrasteis prodigiosas maravillas, les mostrasteis en vuestra humanada persona la perfección de todas las virtudes, les declarasteis cumplidas en Vos todas las profecías, y no os conocían. Resplandeciais entre ellos, luz eterna, y cada vez eran más ciegos; les hacíais ver á pesar suyo sus pecados, y ni con eso se conocían; trabajasteis con vuestra blandura por suavizar su dureza, y cada vez se endurecían más; insististeis sobre entrar en ellos, y cada vez más os cerraban sus corazones. Metido con ellos dentro de sus casas, platicándolos, y aprovechándose de vuestra divina virtud para sus necesidades, no acababan de veros ni conoceros; y ni para valerse de Vos os quisieron; aborrecieron vuestra luz, vuestra verdad, vuestras mercedes, vuestros milagros, vuestra persona y vida; quisieron más sus males que todos vuestros bienes, y sin embargo de tan desventurado estado llorábais su perdición, y ellos la querían; Vos trabajábais por sacarlos de ella, y ellos la abrazaban; y por lo mucho que amaban sus pecados, os aborrecían á Vos, salud verdadera y remedio de ellos. Vos teníais la pena y el dolor que ellos debieron tener, y aun con gusto os arrojaban de sí.

¿Cómo, buen Jesús, pueden las tinieblas más que vuestra divina luz? Ellas llevan adelante no dejarse alumbrar, y Vos quedáis con el dolor de trabajar en balde. Ni con los bienes que les hacéis, ni con mostrarles sus pecados, ni con las penas eternas que les amenazáis, y lo que es más, ni con vuestra divina y suavísima presencia y conversación lograsteis abandonarlos. ¿Qué es esto, buen Jesús? ¿enlaquecisteis, divina fortaleza? ¿agotóse esa fuente de aguas vivas en la muerte de estos infelices? Moristeis por ellos, y ni con lavar las manos en esa sangre poderosa para convertir las almas perdidas, se ablandan sus durezas; antes bien, ellos y sus descendientes quedan hasta hoy más duros con esa misma sangre. Entonces y hoy os invocan, os ruegan, os alaban con la boca, os confiesan su Dios y leen vuestras divinas palabras; pero también viven durísimos, sin luz, sin verdad, sin Vos y sin corazón humano, con un corazón diabólico y con dureza infernal.

¡Oh mi soberano Médico y Señor! ¿Cómo no tendré miedo de mí cuando esto veo? Ninguno hacía fuerza á aquellos miserables corazones; ninguno los cegaba delante de la luz; ninguno los endurecía, sino lo que había dentro de ellos. El infierno os conoció, los demonios temblaron de vuestra virtud, la muerte os obedeció, los elementos insensibles se sujetaron á vuestra voluntad; el cielo se abrió

por vuestro mandato para los ladrones, hallándose cerrado para los justos, y los corazones humanos que para Vos criasteis, que son vuestra propia morada, y cuya perfecta abundancia, verjadera y propia riqueza y bienaventuranza sois Vos, ni os conocen, ni os obedecen, ni os quieren, ni os reciben. ¿Qué será de mí, Dios mío, si me desampara vuestra gracia y si de mí se apodera la malicia?

Oh, cuántas veces fui como siguiendo las pisadas de esta interior dureza, y lo que de ella me faltó no lo debo á mí, sino á Vos, porque por mi parte estos son mis desventurados pasos. ¿Cuán lleno de mercedes vuestras nació? ¿Cómo me hallé cercado de ellas cuando me conocí? ¿Cuántos llamamientos é inspiraciones me enviasteis para serviros? ¿Cuántos trabajos y peligros me mostrasteis para que me fuese á Vos? ¿Cuántos pecados me perdonasteis? ¿Cuánto me sufristeis? ¿Cuántas verdades me descubristeis? ¿Y cuántos bienes me ofrecéis, me prevenís y me hacéis continuamente? Pues, Señor, ¿dónde estoy ó cómo estoy aquí tan pobre delante de Vos? En todo lugar estáis conmigo y no os siento; os confieso mis culpas y no me duelo de ellas ni me arrepiento; confieso la pureza de vuestra doctrina y no la sigo; y sobre todo, recibo vuestro preciosísimo Cuerpo y Divinidad dentro de este pecho, y teniéndos tan íntimo conmigo, ni os siento, ni os amo, ni os encuentro. Oh mi buen Jesús, ¿si será esta peor dureza que la de los judíos, y si por esto os descontentaré más que ellos? Ellos no creían en Vos y yo creo. Ellos no os recibían, y yo os tomo por alimento en mi pecho; y con todo eso vivo en mis pecados, no salgo de mis imperfecciones, aún estoy sepultado dentro de mis llagas, y acaso las amo más que á Vos; porque si de veras las aborreciera, estuviera libre de ellas y poseído de Vos. Señor, Señor, asistidme con vuestra misericordia; ablandad esta dureza; no pase adelante, porque no me apartéis de vuestro rostro y amistad. Poned los ojos en este pecador, hechura de vuestra bondad, redimido con vuestra preciosa sangre; y pues las piedras se deshacen y se muelen con el fuego, quebrantad esta empedernida dureza con vuestro divino amor.

No podéis decir que queréis y no podéis. Dura era la Magdalena, y en una sola hora que estubo á vuestros pies, ablandasteis su dureza y la ensalzasteis á la unión de vuestro suave amor. ¿Qué menos virtud tienen, Dios mío, ahora esos pies que entonces? Ahora los tengo abiertos con los clavos de vuestra cruz, que ella encontró cerrados, y si con lágrimas ablandó esos agujeros para salir por ellos agua viva, y si mi dureza los cierra, para eso sois Vos el dador de todos los bienes, que me podéis regar de suaves lágrimas, con que me disponga para los demás que me queréis comunicar. Su corazón os daba voces; el mío también os clama; y si yo soy peor, vuestra bondad no se disminuyó con lo que disteis á esta pecadora. Oh mi suave Jesús, no os endurezcáis para mí, pues este vuestro pecador desea enternecerse para Vos. Muy duro estaba San Pedro en negaros (que si Vos no le mirárais negaría hasta hoy), y una sola mirada vuestra le ablandó y convirtió. ¿Pues quién quito

á esos divinos ojos la virtud para mí? Mirad, Señor, á este vuestro pecador con misericordia. ¡Ah buen Jesús, que todo lo podéis!

Duro subió á la cruz el ladrón, que no solo toda la vida os ofendió, sino que, crucificado, os blasfemaba. Pero pudo vuestra cruz ablandarle y hacerle en una hora compañero vuestro, para entrar con él en el paraíso, llevándole de la mano; ¿y yo sólo quedaré sin la virtud de ese amor que todo lo arrastra a sí? Acordaos de mí, paraíso de todos los bienes, y si soy más ladrón que aquél, para eso sois Vos más que para él. No esperasteis que Pablo os rogase; cuando más encarnizado estaba en derramar la sangre de los vuestros, y cuando más duro en el odio de vuestro nombre, Jesús, sólo con nombrar por vuestra boca ese nombre, luego que pulsó en sus oídos y corazón, le derribasteis, luego le anlandasteis, luego quedó vaso de vuestra virtud para sí y para todo el mundo, luego publicaba que no vivía él, sino Vos en él, luego quedo seguro de que ninguna cosa del cielo, ni de la tierra, ni del infierno, era poderosa para apartarle de vuestro amor. Pues Señor, con toda la humildad que puedo, digo con él: *¿Qué queréis, Señor, que haga? Descubridme vuestra voluntad, y traedme siempre en vuestra guarda rendido á vuestra suavísima dirección.*

Oh mi buen Jesús, a mí me debiera pedir la blandura que os suplía, porque en Vos la tengo segura, y yo a mí mismo me endurezco; mas yo para mí soy sordo, y para lo que más me importa soy duro. ¿Cuándo os hallaré duro a Vos, sino cuando no os busqué? ¿Y cuando os quise buscar que no me hallase blando y sujeto como Vos me hacéis desear? Pero Señor, vuestra virtud es la que ha de quitar esta contradicción, porque mi miseria siempre tira á lo peor. No tengo que quejarme por lo que en Vos hallé siempre, sino daros infinitas gracias, porque alguna vez que lleno de pecados me confesé ante Vos, llegué pesado, duro y medroso; pero volví ligero, contento y experimentando en Vos la verdad de vuestra suave misericordia. ¡Si entonces perseverara en llorar mis culpas, cuán descargado de ellas estuviera ahora! Pero más confesaré para confusión mía ante Vos, mi bienaventuranza, mi suave contentamiento y mi Jesús. Si alguna vez, olvidado de mis males me dejasteis abrazar vuestros suavísimos pies, y oísteis las groseras voces de mi miserable corazón, y me concedisteis desear vuestro amor, os hallé por ventura sordo o duro para mí? Luego os vi olvidado del mal que merecía; hablabais conmigo, no sé cómo, sin voces, lenguaje de vida eterna; os dejábais tratar como si fuérais igual conmigo; ardía mi corazón en fervor de vuestro espíritu; todo me parecía poco para servirlos; lloraba las horas que no os había amado; deseaba consumirme en vuestra caridad; aborrecía cuanto me apartaba de Vos, y lo que de Vos me hacíais sentir, Vos que sin palabras humanas me lo enseñáis, lo sabéis. Sé que todo cuanto hay en la vida es nada en comparación de una hora de aquélla.

Si volvía á las miserias y corrupciones que impidiesen este suave gusto de Vos, luego que sintiéndome pesado os volvía á buscar,

no encontraba mudanza; siempre os hallaba suave, siempre blando, siempre agasajador, siempre un mismo amigo fidelísimo de esta pobre alma. Pues, buen Jesús, ¿dónde paró aquello, ó dónde lo perdí? Aun cuando para mí bien encubriais vuestro suavísimo rostro, y me dábais espíritu para andar gritando en pos de Vos, y suspirando, en volviendo á resplandecer, dejaba de ser quien era; olvidábase de mí destierro y miseria; arrimábase á Vos, y deseaba no apartarme de allí. ¿Pues quién me desprendió? ¿ó dónde perdí aquel bien? ¿con qué volví á endurecerme? ¿No es peor, Señor mío, endurecerse después de experimentar vuestra blandura, que si nunca la hubiera experimentado? Oh mi Redentor, por eso clamo á Vos por misericordia, porque soy este que aquí veis. Vos, Señor, veis que si vuestra agua no regare continuamente esta tierra, siempre por su inclinación se endurece, y cuando después de ablandada se vuelva á endurecer, queda mucho más dura que antes. No me apartéis de Vos, Dios mío, ni me dejéis cegar voluntariamente delante de esa divina luz, porque no llegue á dormir y descansar en la dureza de mi corazón. A lo menos ya que no merezco los suaves gustos vuestros, que por mi culpa tantas veces perdí, cuantas me favorecisteis con ellos, no me neguéis por vuestra bondad, que ande siempre viendo y conociendo la necesidad que de Vos tengo, aborreciendo y peleando con mis malas inclinaciones. Dadme, Señor, fuerza para golpear en el hierro frío y dura piedra de mi corazón, para que á lo menos viva en mí el deseo de lo que perdí y aborrecimiento del mal en que me veo.

Liberalísimo, poderosísimo, riquísimo y suavísimo Jesús, dadme vuestro amor, y arraigadle tanto en este corazón, que con verdad pueda decir con vuestro enternecido Pablo, que ninguna cosa podrá apartarme de él. ¿Qué cosa hay que pueda entrar en este corazón en lugar de vuestro amor? ¿Qué gané, cuando por algún amigo, por deseo de cosa terrena ó por afecto propio, os perdí? Si por huir de trabajos pierdo vuestro amor, me atollo en otros; si por amigos, al fin los hallo desleales; si por gustos del cuerpo, luego me hallo triste é inquieto; si por tibieza y frialdad de espíritu, me acometen millares de tentaciones; y por cualquiera cosa que pierda vuestro amor, quedo despojado de vuestros beneficios, flaco para vuestro servicio, y más inclinado á mis malas inclinaciones, que á su remedio. Pues, Dios mío, ¿quién me aparta de vuestro amor y de vuestra conversación? Cotejadas las horas que pierdo y ocupo en cosas que me impiden vuestro suave trato, lo que en ellas hago, y la bajeza de las cosas en que ocupo el corazón, con los riquísimos y suavísimos tesoros y bienes vuestros que entonces no logro, ó por mejor decir, de que huyo y me alejo, cuán miserable quedo, y sobre todo, Señor (que es el sumo grado de miseria), así lo veo, así lo entiendo, y no sé qué me detiene ni qué peso ó qué fastidio es este que me impide correr á vuestros suaves y dulces placeres interiores. Oh Señor, no me aparte nada de vuestro amor; y pues la sujeción, mansedumbre y humildad con que me he de de-

jar guiar de Vos es la perfecta curación de estas llagas, humilladme, Señor, á vuestros pies; hacedme desconfiar de mí y tener miedo de cuanto me aparte de Vos, para que á quien debo todo lo que soy y lo que espero, deba la santidad de mis miserias. ¡Cuándo, Señor, os verá poseedor y pacífico morador de este corazón! Oh buen Jesús, hasta en esto soy miserable, pues no veo dónde ando perdido, ni sé pedirlos bien que me levantéis y me libréis de mí. Vos que todo lo veis, obrad como quien sois vuestras maravillas en esta tierra llena de miserias.

Señora de los ángeles, abogada de los pecadores, oveja sin mancha, morada suave de Jesús y piadosa remediadora de los pecadores endurecidos, á Vos me dió el Señor para alcanzar por Vos lo que no merezco; y pues veis cuántos males nacen de la dureza de mi corazón, haced, Señora, descender de la fuente de misericordia que de Vos nació, agua viva que riegue siempre y ablande este corazón. Oh moradores riquísimos de esa casa celestial, anegados en el rocío y blandura del Cordero; si vuestros poderosos espíritus están allá rendidos á su amor y servicio, ¿por qué está aquí duro para El este miserable corazón? Lloved de lo que os sobra y rociad esta tierra seca, para que con vuestra blandura se disponga á vuestra perpetua compañía. Amén.

TRABAJO XX

Ser mal juzgado.

La dureza que Cristo nuestro Señor halló en la gente judaica, á quien fué enviado, no sólo fué instrumento de su Pasión, sino que le tramó varios particulares trabajos, donde no menos pasma que el humano corazón los causase, que el sufrirlos la bondad del Señor. Tan graves son, que muestran bien corresponder á tan perversos corazones, arraigados en el odio del Hijo de Dios, y en deseo de dañarle cuanto pudiesen, hasta procurarle la muerte; porque de tan altas raíces de aborrecimiento y de tan grandes troncos de maldad, no se podían esperar otros frutos.

Uno de los trabajos que ocasionaron al Señor, y en que mostraron bien la ponzoña y malicia que reinaba en sus corazones, fué juzgar mal de todas sus acciones. Este mal es tan contra todo juicio humano, que parece no poder caber en él; porque el orden con que el humano entendimiento se determina á los juicios, es ofreciéndose primero alguna razón aparente ó verdadera, mala ó buena, por la cual, con acierto ó engaño, se determina á juzgar de la cosa mal ó bien. Pero esta gente judaica jamás vió en el Señor cosa de que pudiese sacar razón, no digo verdaderamente mala, pero que ni por imaginación tuviese semejanza ó apariencia de mal, con que se pudiese engañar para juzgar mal de El; y así se ve que su malicia pervirtió todo el orden de la naturaleza, aun en aquello

con que desordenadamente juzga mal del bien, engañándose con alguna apariencia de razón.

De esto hay clarísimas pruebas en el Evangelio. En la fuerza de los malos juicios con que tenían al Señor en mala cuenta, se opuso su Majestad abiertamente contra aquel dañado entendimiento, y públicamente contradijo la determinación de su malicia, diciéndoles: *¿Quién de vosotros me podrá argüir de pecado?* No dijo me podrá convencer con verdad, sino *argüir*: porque para argüir, cualquiera apariencia es bastante en corazones mal inclinados; y de tal suerte contuvo con esta prueba su malicia, que no tuvieron que decir: porque acerca de lo que le oponían de que curaba en sábado, los tenía ya tan convencidos, que se corrían de echárselo en cara; y cuando le contaban por culpa, que llamaba Padre á Dios, recurría á las obras y decía, que si no hacía obras de su Padre, que no le creyesen. Ellas eran tales, que no tenían qué decir. Cuando Anás le preguntó por su doctrina, alegó por testigos á sus mismos enemigos. Cuando la malicia de éstos se empeñó en casa de Caifás en buscar cosas de que acusarle, ninguna hallaron que no fuese falsa con evidencia; y finalmente, se empeñaron en prevalecer contra El con falsedades, gritos, y amotinación; de suerte que en todo tenían contra sí las clarísimas verdades del Señor, su inocentísima vida, todas las muestras de ella, su doctrina y obras tan sin reprensión ni semejanza de tacha, que ninguna apariencia de mal encontraban en ellas para dar color á los juicios que de El tenían y publicaban.

Los que mejor juzgaban de El, no pasaban de tenerle por Santo y Profeta; pero de aquí abajo era mal juzgado, según el corazón y condición de cada uno. Si andaba con pecadores, aunque su admirable santidad justificaba ser aquella conversación para convertirlos, no le valía eso para que dejasen de juzgarle hombre profano, y amigo de mesas y de vino. Unos calificaban su doctrina de novedad, título que el mundo suele dar á las verdades; y siendo El el inventor de novedades, sólo en la renovación de las virtudes tiene por tacha la novedad, para acabar de envejecerse en sus vicios. Otros le juzgaban amigo de tumultos y perturbaciones del pueblo, por la mucha gente que para recibir sus mercedes le seguía. Algunos dirían, que mejor fuera andar de casa en casa curando, que sufrir aquellos concursos. Otros le tacharían el predicar por los campos fuera de las sinagogas; y como donde hay multitud de gente, siempre hay encuentros y ahogos para acercarse, á aquello llamarían perturbación, y de todo hacían ponzoña.

Esto es antiguo en el mundo; que si hubiere mucho concurso de gente para ver juegos, oír farsas y otras cosas profanísimas, con mucho desahogo de ventanas, muchos ruidos y cuchilladas, muchos desastres y peligros de pecar, todo esto es bueno, y esto es solicitado, sin que haya á quien le parezca mal; pero si hubiere mucho concurso á las iglesias, á las confesiones, á las indulgencias, llueven los malos juicios. Yo pienso que esto es porque el mundo acostumbra aprobar las cosas donde puede alargar sus vicios; y reprue-